

CAPITULO III

1894.

Pero volvamos á los teatros públicos de que parece nos hemos olvidado, á causa sin duda de lo poco notable de sus funciones en el último tercio de 1894.

Con tan negativa importancia para el arte, como de costumbre, preséntase desde luego en este asunto la perdurable empresa Arcaraz Hermanos, con su invariable cuadro de zarzuela por tandas. Lo de lo *invariable* del dicho cuadro, lo mismo puede referirse á la permanencia en él de antiguos cantantes del género, que al escaso mérito de los nuevos y de refuerzo. Para el sábado 13 de Octubre los estimables hermanos anunciaron la zarzuela en un acto *Las manzanas del vecino*, y la zarzuela en tres *Jugar con fuego*, para presentación del primer tenor Pedro Buzzi. Díjose que ese artista había nacido en Turín, y hecho su *debut* en 1886 cantando el *Fausto* en el teatro de la Pérgola en Florencia: sin duda no brilló grandemente como cantante de ópera, puesto que tres años después, en 1889, se dedicó á la zarzuela española, mereciendo á la prensa de la Habana abundantes elogios de que hablaron sus biógrafos y nosotros no hemos visto. Efecto de sus primeros estudios y primera dedicación, Pedro Buzzi se mostró discípulo de una buena escuela de canto, muy superior á la de los artistas en su nuevo género, y alcanzó justos aplausos en el concertante del segundo acto que cantó bien, con expresión y con voz clara, y sin esfuerzo en el registro agudo: su acción pareció desembarazada y propia, pero no de acuerdo con la de sus compañeros mexicanos y españoles, y en su pronunciación exhibió todos los defectos consiguientes á quien declama en un idioma que no es el suyo. Su cambio de la ópera por la zarzuela, se explicó fácilmente por el escaso volumen de su voz, no hecha ciertamente para brillar en la ópera ni soportar la fatiga de una verdadera obra lírica. Pero ni tampoco podía sobrellevar la abrumadora tarea de las *tandas*, y á los pocos días se enfermó, como se enferman en nuestro clima todos aquellos cantantes que no poseen un órgano de voz privilegiado.

En aprietos hubiérase visto la empresa para contentar á su público, si no hubiese dispuesto como dispuso de otra menos *enfermiza* novedad. Fué ésta la primera tiple española Fernanda Rusquella, de

grata memoria entre los amigos y partidarios de la zarzuela en México. La Rusquella se presentó con el papel de *Bocaccio* de la opereta de Suppé y con la zarzuelilla española *Niña Pancha*, la noche del viernes 26 de Octubre, acompañándola la Goyzueta en *Fiametta*, Quijada en el *Príncipe*, y Morales, Gutiérrez y Cires Sánchez en *Loterungro*, *Scalza*, y *Lamberbucio*. La simpática artista obtuvo aplausos sin número y entusiastas demostraciones de cariño del público, que no podía olvidar las tandas famosas del Circo Teatro Orrin en que la Rusquella dividió el cetro zarzuelezco con la no menos bien aceptada artista la Nalbert: todos esos recuerdos se avivaron hasta el delirio de los tandistas la noche del Domingo 28, al cantarse el celeberrimo *Rey que rabió* y presentarse guapa y graciosa la Rusquella en el papel del *Rey* y Vicenta Peralta en el de *Rosa*. Con esta garantía de éxito, los empresarios volvieron á su antiguo ó gastado repertorio de *Cuerda floja*, *Mascota*, *Milagro de la Virgen*, *Payasos*, *Hija del Tambor Mayor*, *Tempestad*, *Cádiz*, *Campanas de Carrión*, *Sueño dorado*, *Carmen*, *Doña Juanita*, *Traviata*, *Dos princesas*, *Anillo de hierro*, *Dúo de la Africana*, *Húsar*, *Estudiante de Salamanca*, *Juramento*, *Jugar con fuego*, *Señor Duque*, y otras por el estilo. El único estreno de esa parte de la temporada en el Principal, el sábado 17 de Noviembre, fué el de la zarzuela en un acto *La Czarina*, del Maestro Chapí, con la Rusquella, la Padilla y la Moya, y Gutiérrez, Cires Sánchez y Carriles. Pero no hubo tal estreno, pues esa obrilla habíase dado ya en el Circo Teatro con menos que mediano éxito. Sin saberse por qué, en su resurrección en el Principal agradó bastante y aun se hicieron repetir algunos números.

Los demás teatros de la Capital siguieron, en la misma época en que los Hermanos Arcaraz veían lleno casi á diario el viejo coliseo, una vida trabajosa y difícil. El de Arbeu ocupábanle como de costumbre compañías volantes y en desgracia, olvidadas por la fortuna. En algunas tardes de Octubre, Ricardo López Ochoa, el estimable artista dramático, daba en la sala del de San Felipe Neri la comedia *San Sebastián Mártir* y el apropósito *La cuestión de Barajas*, título con que se pretendía despertar la curiosidad de quienes se interesaban en los accidentes é incidentes del drama que produjo el duelo Verástegui-Romero, que parece tuvo principio en la casa de un matrimonio que portaba aquel apellido: sin duda el anzuelo no dió resultado y López Ochoa acudió al perdurable *Don Juan Tenorio* que repitió en muchas tardes de fin de Octubre y principios de Noviembre. Cuando ni esto atrajo público, el discreto actor mexicano Ricardo López Ochoa emigró en busca de mejores vientos, y trabajó en Arbeu una modestísima compañía de zarzuela con Cecilia Delgado, Hortensia Gutiérrez, Concha Méndez, Leandro Díaz, José Tamargo, Lorenzo Arzamendi, Eduardo Múgica, Eduardo Arozamena, Manuel Sedano, Concepción

Valero, Eulalia Osio, Irene Nodain, Sofía Gutiérrez, Ricardo Velati y otros, bajo la dirección de escena de Vicente A. Galicia, y de orquesta de Gustavo M. Campos y José Austri. En su repertorio figuraron un desventuradísimo arreglo de *El Trovador*, que *padeció positiva ejecución*, *Las dos princesas*, *Lo pasado, pasado*, *El juramento*, *El cura de Jalatlaco*, *La Marsellesa*, *El señor Duque*, *Jugar con fuego*, *Zaragüeta*, convertido en zarzuela, *La primer noche de posadas*, *Traviata*, para presentación del barítono Antonio Vargas, *Bocaccio*, *La Tempestad*, *La Bruja*, de Carrión y Chapí estrenada allí el 22 de Diciembre y otras más conocidas y gastadas obras.

La Compañía de Cecilia Delgado cedió algunas noches su teatro á una Empresa que se llamaba de "Novedades y Extravagancias" ó simplemente *Extravaganza*, dirigida por Mister Sam-T-Jack. Dió éste su primera función el domingo 16 de Diciembre, con la pantomima y disparate *El Torero*, una tanda de desnudísimos cuadros vivos, y una serie de horribles piezas de canto, danzas y ejercicios en trapecio, al precio de un peso y cincuenta centavos la luneta. Los programas y carteles recomendaban la Compañía *Extravaganza* con los siguientes letreros: "Nunca se han visto tantas y tan hermosas mujeres! — Bellezas palpitantes! Diosas de belleza escogidas en dos hemisferios! — Cincuenta artistas que viven, respiran, y regocijan con su beldad! — Vengan á verlas! — Más valen los cantos y las sonrisas de una linda mujer, que los tesoros del mundo! Y son cuarenta! — Incomparables cuadros plásticos! — Viajan en un magnífico coche Palacio que costó diez mil pesos! — Mujeres modelos de Europa y las dos Américas! — Vengan á verlas!... Y son cuarenta!!!... Con semejantes recomendaciones nada podía esperarse sino lo que el Mister Jack ofreció; una regular colección de mujeres casi desnudas, pues la única de ellas que se presentó con faldas, vestía una enaguilla tan corta que más bien parecía un cinturón: aquella exposición de desnudeces exageradísimas sacó, como era natural, de quicio á jóvenes imberbes y viejos verdes, única clase de público que llenaba el teatro; en determinados momentos la exhibición en el escenario y el rabioso delirio del público, ofrecían un cuadro positivamente repugnante. Aquel abuso de descocamiento tenía sus tiempos de reposo cuando salían unos payasos-hombres, á ejecutar ridículas y nada vistosas contorsiones, ó alguna *Miss* cantaba con mala voz y peor método, piezas que, aun siendo muy comunes, resultaban inconocibles, ó las trapecistas hermanas Mendoza se descoyuntaban en sus aparatos gimnásticos. La pantomima *El Torero*, consistió en una parodia de corrida, en que se lidió un toro de cartón por mujeres vestidas hasta cierto punto como los lidiadores de nuestras plazas. Los Tenorios de gente de bastidores y teatros tuvieron el pesar de encontrarse con que Mister Jack, que debía conocer bien á sus cuarenta pensionistas, había tomado rigurosas precauciones para que

no se le desbandase *la colección*: al efecto cuando el telón bajaba por última vez en cada noche, hacía vestir á sus *artistas* de modo y manera que resultasen inconocibles para quienes las habían visto *desnudas* en la escena, y de dos en dos y custodiadas por sus mozos y por parejas de gendarmes, las obligaba á meterse en un enorme ómnibus situado á las puertas del teatro, á todo galope las conducía á la Estación del Ferrocarril y las encerraba en su anunciado *Magnífico coche Palacio que costó diez mil pesos*, que fué en México su habitación única del 16 al 20 de Diciembre en que la *Extravaganza* dió sus seis funciones con enorme éxito pecuniario.

De sus productos disfrutó en parte, por el subarrendamiento del teatro Arbeu, la Empresa de Zarzuela de Cecilia Delgado, que aun habiéndose quedado única en la Capital por las razones de que pronto hablaré, fué poco favorecida por el público y al fin hubo de emigrar rumbo á teatros de provincia. Pero en peor situación que la zarzuela viéronse en esos días el drama y la comedia en manos de pobrísimas compañías como la de Bazave Rodríguez, que en el Principal y en Octubre, en vano llamó gente con *Chucho el Roto*, *Deudas de la honra* y *Levantar muertos* y otras obras, y la de Gerardo López del Castillo que en el escenario del Circo Teatro Orrin, ponía el *Don Juan Tenorio*, *El Diablo verde*, *La Redoma Encantada* y otras magras, inmirables por su malísima presentación. En tanto, el retirado Teatro Hidalgo proseguía sus funciones de los domingos y tal cual noche salteada, con los estimables actores y actrices, María de Jesús Servín de Tagle, Josefina Duclós de Figuerola, Concepción Padilla, Marina Mellado de Servín, Carlota Castillo de Leal, Felipe Montoya, Pedro Servín, Leal, Rivas, Romero, Villegas y Cigala. El 17 de Octubre dió su beneficio Josefina Duclós con el drama *Mar y Cielo*, y la comedia *Pepa la Frescachona*: el 24 del mismo el suyo Felipe Montoya, con el drama *Los payasos* y la comedia *Tal para cual*; el 7 de Noviembre, Concha Padilla con la tragedia *Saffo*, de Villalobos, y la zarzuela *Chateau Margaux*, desempeñada ésta por su hermana María, de la Compañía de Arcaraz: Teófilo Leal dió á su vez el día 14 *La Aldea de San Lorenzo* y *La vuelta del otro mundo*: en la noche del miércoles 21 la siempre muy estimada actriz mexicana María de Jesús Servín de Tagle, vió lleno de bote en bote el Teatro Hidalgo por el selecto y entusiasta público que siempre la ha favorecido en sus brillantes funciones de beneficio: la comedia *Contra viento y marea*, de Miguel Echeagaray, y la antiquísima y regocijada *Cola del Diablo*, formaron el programa de esa noche: la artista obsequió á sus amigos con un cuaderno impreso en que publicó algunas de las composiciones que contiene su álbum, suscritas en su mayor parte por lo más distinguido en la literatura mexicana: á ese cuaderno precedían unas cuantas palabras en que la carifiosamente llamada Chucha Servín, decía:

“Como artista mi, mayor aspiración ha sido enaltecer el buen nombre de mi querida Patria; como señora, mi mayor anhelo crearle el cariño de la sociedad en que vivo: si lo primero no he logrado por mi escaso mérito, lo segundo sí, por la bondad extrema de quienes me lo dispensan: en ese cariño *únicamente* fundo mis esperanzas.” Razón tuvo la actriz y la señora: sus bellas cualidades morales siempre han sido reconocidas y respetadas. Otro de los beneficios notables en Hidalgo, fué el de la noche del 28, en provecho de Pedro Servín, uno de los actores cómicos más notables que México ha producido en los últimos años: el programa lo formó con las comedias *El Matrimonio Civil* y *Ciertos son los toros*, y dos graciosísimas parodias, invención suya, *Los cuatro becuadros* y *Los Astrólogos*; en su desempeño le ayudaron con grande habilidad sus pequeños hijos y su esposa Marina Mellado, quien más adelante tuvo también una buena función de gracia. En la de Carlota Castillo de Leal, el 5 de Diciembre, dió la beneficiada *Lo sublime en lo vulgar* y la zarzuela *El pañuelo de hierbas*.

Los más favorecidos en ese fin de año, de espantosa decadencia en espectáculos dignos, decentes y artísticos, fueron las corridas de toros en las plazas de Bucareli, de Tacubaya y de San Bartolo Naucalpan, de ninguna de las cuales quiero hablar, porque no merecen registrarse ni el espectáculo en sí mismo, ni los escándalos que función á función daba el público en esos circos taurinos, y los que en las calles y en las cantinas producían á su turno los toreros y sus amigos. Quédense para otras plumas las hazañas de los *Rebujina*, los *Marnero*, los *Pipa*, los *Centeno*, los *Boto*, los *Paquiro*, los *Pimienta*, los *Ostión*, los *Villita* y demás gente de *trenza* ó de *coleta*. A poder disponer de lugar y buenos deseos, mejor me entretendría en aplaudir al modesto Félix Arteaga con su Compañía Infantil en el Teatrillo de Invierno; á la de Angel Arenas en el jacalón de la Colonia de Guerrero, y á la Empresa de *Skating Rink* en el salón improvisado con muy buen gusto en la glorieta central de la Alameda.

Tratemos ahora del más grande suceso de los teatros en ese final de año de 1894, suceso que pudiera estimarse como la venganza que se tomaron Apolo y las nueve Musas, ofendidos con los insultos que al verdadero arte vienen de mucho tiempo atrás, prodigándose en las más antiguas y famosas salas de espectáculos de México. Y fué el caso que el viernes 2 de Noviembre á las seis y treinta y cinco minutos de la tarde, según datos del Observatorio Meteorológico Central del Gobierno, se sintió en la Capital un fuerte temblor “que comenzó con movimiento trepidatorio, siguiéndose varias oscilaciones. La primera fué de Norte á Sur con varias sacudidas y una duración de treinta segundos: en seguida pasó el movimiento de Este á Oeste, y al fin se dirigió de Noroeste á Suroeste. Con los

“cambios de dirección, los objetos suspendidos tomaron al fin un movimiento circular. Las indicaciones del seismógrafo de Palmieri “dieron mayor intensidad á la dirección Norte-Sur, y en el cuadrante vertical hubo un movimiento de cuatro grados. La forma rotatoria que al fin tomaron los péndulos, estuvo marcada con salidas, casi iguales, de los índices horizontales de la rosa de vientos. El seismógrafo de bala, no obstante su gran peso, se salió de la placa “en que dibuja sus huellas, quedando éstas en forma completamente “irregular.” Extraordinario fué el pánico que en la ciudad produjo el temblor de tierra á que se refiere la noticia oficial que he copiado, y la alarma aumentó al notarse que el imponente fenómeno repitió, aunque con menor intensidad, á las siete y catorce minutos de la mañana del 5, á las once y veinticinco de la misma, y dos veces más entre las ocho y las ocho y media de igual día. El del 2, que seguramente fué uno de los temblores más fuertes sentidos en muchos años, causó numerosas desgracias en distintas calles de los barrios extremos, derrumbando habitaciones y paredes mal construídas, y produjo infinitas cuarteaduras en fuertes edificios públicos y particulares, y en las mejores construcciones del centro de la Ciudad. En los instantes en que el temblor se hizo sentir, todos los teatros de la Capital se encontraban al fin de sus funciones de la tarde de ese día, festivo por conmemorarse en él á los Fieles Difuntos, y en el Teatro Circo Orrin, en Arbeu, en Hidalgo y en el de Guerrero, ponían en escena *Don Juan Tenorio*, López del Castillo, López Ochoa, la Empresa Palacios y Angel Arenas. Júzguese cuál no sería el estupor del público concurrente, cuando notó que las estatuas del *Comendador*, de *Mejía*, de *Doña Inés* y demás víctimas del *Burlador de Sevilla*, no sólo se movían como lo pide el autor, sino que echaban á correr como almas que lleva el diablo, seguidas por el no menos aterrado *Don Juan*, y también por los *esqueletos* y los *ángeles* de la apotheosis, mientras en la sala formábanles desolador concierto los gritos de susto de las señoras, los llantos de los niños, y los versículos del *Magnificat* recitados en voz alta por los buenos creyentes, todo ello entre el crujir del maderamen de los telares, el golpearse de las decoraciones, el caer de las sillas, el vaivén de las lámparas y candiles, la confusión de quienes se atropellaban por alcanzar la salida, las voces de los que gritaban *no es nada! ya pasó todo! ya no tiembla! calma!*, y el estrépito de los instrumentos de la orquesta que, desafinados por el susto de los músicos, tocaban *diana*, á petición de los más serenos de ánimo. En los demás teatros, el susto fué también mayúsculo: en el Principal cantábase *La Hija del Tambor Mayor* y el *bravo y denodado ejército francés*, hubo de desbandarse cuando la victoria le aseguraba su entrada triunfal en Milán; en el Nacional los artistas que cantaban el *Trovador* creyeron que el maestro Verdi derribaba

el teatro sobre ellos, ofendido por el destrozo de la partitura; en el *Skating Rink*, de la Alameda, perdieron el equilibrio los más expertos patinadores, y en el Teatrillo de Invierno los pequeños actores de la Compañía Infantil de Félix Arteaga, llamaban con desolada angustia á su *mamá* y á sus *pulmamas*. Todos, quienes más quienes menos, cómicos, cantantes y público, pugnaron por salir á la calle y á cielo abierto; pero allí creció el susto al ver á las pobres *sardinas* que arrastran con mil fatigas los coches de alquiler, abrirse de patas y mantenerse inmóviles, atribuyendo su temblor á su hambre inveterada; á los *bicicletistas* caer aplastados por sus máquinas poco estables y muy peligrosas y dañinas para el transeunte pacífico; á los parroquianos de cafés y restaurants salirse corriendo de esos locales sin acordarse de pagar el precio de sus consumos; á las multitudes arrodilladas en plena calle, pidiendo á Dios misericordia y arrepintiéndose á voz en cuello de faltas ó delitos, que, á haberse enterado de ellos el *gendarme*, hubieranles valido ir á dar en la comisaría ó en la cárcel: á las muchachas sensibles desmayarse en brazos de sus novios, y á los perros callejeros morder las pantorrillas de los muchachos por creerse empujados ú ostigados por esos.

Pero en México todo pasa y todo se olvida pronto, y cuando por fortuna se vió que, si bien la costra terrestre no había recobrado su reposo, los subsecuentes fenómenos seísmicos no revestían la imponente gravedad del temblor del *Día de Muertos*, nadie, ni la misma autoridad pública, se preocupó con detenerse á estudiar y examinar si podrían ofrecer algún peligro las mil y una cuarteaduras abiertas en los *palacios* ó *cabañas* de la Capital: *Don Juan Tenorio* continuó encantando á los concurrentes de Arbeu, Hidalgo y Guerrero; el ejército francés pudo seguir entrando en Milán con el *Tambor Mayor* al frente; los artistas de Sieni volvieron á desafinar en diferentes obras de su repertorio; los patinadores sobre ruedas ya no pudieron atribuir al temblor sus costalazos; los niños recobraron su infantil y angelical alegría; los *jamelgos* de alquiler volvieron á soportar su *arrastrada* existencia; los *bicicletistas* prosiguieron atropellando transeuntes, y los parroquianos de los cafés, y los pecadores y los perros, continuaron los unos pagando los falsificados licores y manjares, los otros faltando á los diez mandamientos, y los últimos removiendo las basuras en solicitud de sustento.

Restablecida la calma, el arte y las artes teatrales volvieron á seguir siendo injuriadas por las compañías de zarzuela, sin sospechar que los ya citados Apolo y las nueve Musas, suspendido habían sobre las cabezas de los individuos de aquellas, la espada de *Damocles*, y determinado acabar con sus desmanes desplomando sobre el antro de las injurias la vetusta fábrica del escenario del Viejo Coliseo. Para fijar la hora de ese castigo, los habitantes y señores del Parnaso

se valieron de un hijo de la bella Italia, de un celoso regidor del Ayuntamiento de la ciudad, y de unos ingenieros arquitectos y sus conjuntas cuadrillas de peones y maestros.

De tiempo atrás habíase venido anunciando por la empresa Arca-raz el estreno en su teatro y en esa temporada, de la zarzuela *La Bruja*, pero el estreno susodicho hubo de irse retardando por sucesivos impedimentos, entre ellos el de haber casi perdidose la poca voz de que disponía el tenor Pedro Buzzi. Con esto, la empresa no salía de su trillado repertorio, y para el jueves 22 de Noviembre, elegido por los dichos Apolo y las Musas para castigar injurias del arte, estuvieron anunciados para la tarde, *El Rey que rabió*, y para la noche, *Traviata*. Días antes, Amletto Colombazzi, empleado del Teatro Principal, advirtió al Regidor D. Manuel Sierra Méndez, que con motivo, sin duda, del temblor de tierra del día 2, se notaban en el edificio algunas cuarteaduras que le mostró, y entre ellas una de bastantes dimensiones que arrancando de la parte de sillería que formaba el tercer arco del foro, se prolongaba hacia arriba, abarcando casi todo el muro, apoyo del arco: en las dos paredes contiguas el desplome era muy marcado, y en la de la izquierda una profunda grieta corría de uno á otro lado. El Regidor comunicó el hecho á los empresarios Arca-raz, quienes en el mismo momento avisaron al Sr. D. Pablo Berges, dueño del Teatro, y éste hizo otro tanto con sus ingenieros los Sres. Hidalgo y Téllez Pizarro, á fin de que practicasen su reconocimiento. Así se verificó el miércoles 21 en la tarde, con asistencia del Sr. Sierra Méndez. Según el informe de éste, "la opinión de los ingenieros fué la de que se necesitaba hacer inmediatamente el apuntalamiento del arco y de los muros que lo sostenían, para evitar su caída: considerándose que á pesar del estado de aquellos muros y del arco, no había un peligro de momento, y que el derrumbe sólo lo podía provocar un accidente extraordinario, pero disponiendo se ejecutaran las obras necesarias á su aseguramiento el día siguiente. En vista de esta opinión, dice el Regidor, manifesté á los empresarios del Teatro Principal la necesidad imperiosa de abandonarlo durante las obras que en él se habían de ejecutar, y en el acto así lo dispusieron, ocupándose desde luego en arreglar la traslación de la compañía al Teatro Nacional."

El arco "tenía de altura hasta la clave, seis metros cuarenta centímetros; de espesor, ochenta centímetros, y su luz medía once metros y noventa centímetros." "En las primeras horas del jueves 22, dice un revistero, empezaron á acopiarse los materiales para el apuntalamiento y antes de las once de la mañana se presentaron los ingenieros D. Ignacio de la Hidalgo y D. Mariano Téllez Pizarro; procedieron á hacer la medición y encargaron á un albañil que subiese á la clave del arco para que echase una plomada, mientras que en la parte de los